Ver a Dios con un corazón puro

Carta pastoral para la Solemnidad de Todos los Santos

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes.

Este fin de semana celebramos la Solemnidad de Todos los Santos, regocijándonos en los hombres y mujeres que siguieron fielmente a Cristo y que ahora participan de la gloria del Reino celestial de Dios. Sus vidas nos recuerdan que la santidad no está reservada para unos pocos privilegiados; es la vocación de todo cristiano.

Nuestra vida suele estar llena de ruido, responsabilidades, decepciones e innumerables distracciones. Buscamos la paz, el sentido de nuestra existencia y la presencia de Dios en muchos lugares. Sin embargo, Jesús nos indica dónde comienza verdaderamente este camino: **«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»** (Mateo 5, 8).

¿Qué significa ver a Dios?

San Gregorio de Nisa nos ofrece una profunda enseñanza: ver a Dios comienza cuando permitimos que su gracia restaure en nosotros su imagen. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, pero el pecado, el orgullo, el resentimiento y el egoísmo pueden oscurecer esa imagen, como el óxido cubre el hierro pulido. Cuando se elimina el óxido, el hierro vuelve a brillar. De la misma manera, cuando Dios purifica nuestros corazones, su bondad y su belleza se hacen más visibles en nuestra vida.

Esta es la obra salvadora de Jesucristo. Él vino no solo para perdonar nuestros pecados, sino también para reconciliarnos con el Padre y renovarnos a su imagen. Por medio de la oración sincera, del sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía, Cristo nos invita continuamente a apartarnos del pecado y a crecer en santidad.

Un corazón puro no significa un corazón perfecto. Es un corazón humilde y sincero, dispuesto a dejarse transformar por la gracia de Dios. Es un corazón que perdona, busca la paz, sirve sin esperar reconocimiento y ama como Cristo nos ama. A medida que nuestro corazón se asemeja más al suyo, comenzamos a reconocer la presencia de Dios en la belleza de la creación, en el silencio de la oración y, especialmente, en el rostro de los pobres, los solitarios, los enfermos y de todos aquellos que necesitan nuestra compasión.

Los santos nos muestran en qué puede convertirse un corazón puro.

No todos fueron personas extraordinarias a los ojos del mundo. Fueron hombres y mujeres que permitieron que Dios actuara en medio de sus debilidades, sus sacrificios y sus actos cotidianos de amor. Ahora están ante el trono de Dios, participando en la liturgia celestial y alabando al Padre por la salvación que les ha concedido mediante la Sangre del Cordero.

Su testimonio nos recuerda que la santidad no consiste simplemente en evitar el pecado, sino en aprender a amar a Dios con todo el corazón y a reconocer a Cristo en nuestros hermanos y hermanas. Los santos nos animan a perseverar en la fe, incluso cuando el camino se vuelve difícil, confiando en que el Señor, que nos llama a la santidad, nos sostendrá con su gracia.

Como familia parroquial, estamos llamados a ser mucho más que una comunidad que se reúne para el culto. Estamos llamados a ser una comunidad que refleje a Cristo. Cuando nuestros corazones son purificados por su gracia, los desconocidos encuentran acogida, las familias reciben apoyo, quienes sufren encuentran compasión y cada persona es tratada con la dignidad propia de alguien creado a imagen de Dios.

En esta solemnidad, recordamos también a nuestros seres queridos difuntos que han muerto con la esperanza de la resurrección. Los encomendamos a la misericordia de Dios, fortalecidos por nuestra fe en Jesucristo, quien venció el pecado y la muerte y prometió la vida eterna a quienes creen en Él. Los santos nos recuerdan que la muerte no tiene la última palabra; nuestra esperanza es participar algún día de la plenitud de la presencia de Dios.

Pidamos, por tanto, al Espíritu Santo que nos muestre todo aquello que nos impide pertenecer más plenamente a Dios. Que purifique nuestros corazones del resentimiento, del orgullo y de la indiferencia, para que podamos ver a Cristo con mayor claridad, amarlo más profundamente y servirlo con mayor fidelidad en nuestra vida cotidiana.

A medida que crecemos en la pureza de corazón, nos convertimos en testigos de esperanza para el mundo. Los demás llegan a conocer a Cristo no solo por nuestras palabras, sino también por nuestra caridad, la misericordia que ofrecemos y la alegría con la que vivimos nuestra fe. Un corazón transformado por Dios se convierte en una ventana a través de la cual los demás pueden vislumbrar su amor.

Que la Santísima Virgen María, cuyo corazón estuvo completamente abierto a la voluntad de Dios, nos acompañe en nuestro camino de santidad y nos conduzca siempre hacia su Hijo.

Cuenten con mis oraciones por ustedes y sus familias. Que el Señor purifique nuestros corazones con su gracia, nos fortalezca mediante la intercesión de todos los santos y nos conduzca un día a la alegría eterna de contemplarlo cara a cara.

Fraternalmente en Cristo,

Padre Vilaire Philius
Párroco